

tros pecados, por un nada de trabajo en confesaros, por un nada de penitencia, por un nada de enmendar la vida, por un nada de servir á Dios podeis poseer el cielo. Dad á Dios este nada, y por este nada él os lo dará todo.

Sí, hijos míos; es un nada lo que os costaría hacer una buena confesion; y por este nada Dios os daría el cielo: es un nada lo que sufriríais en reprimir vuestras pasiones; y por este nada conseguiríais el paraíso: es un nada lo que habríais de padecer para cumplir exactamente la ley santa del Señor; y por este nada el reino del cielo sería vuestro. ¿Queréis que os lo diga todo? Dios no pide que hagais mas para conseguir el cielo de lo que haceis para alcanzar una cosa vana de este mundo. ¡Ved si puede dároslo mas barato! Vosotras, mujeres, estais seguras de ir al cielo, solo tengais tanto cuidado en conservar limpia vuestra alma, como lo teneis en conservar limpios vuestros vestidos. Vosotros, jóvenes, podeis prometeros el paraíso, solamente si para alcanzarlo empleais una parte del trabajo que empleais en el servicio de vuestra querida. Vosotros, mercaderes, seréis eternamente dichosos, si tan solo derramais por vuestra salvacion alguna de aquellas gotas de sudor que derramais en vuestras tareas diarias. Vosotros, literatos, sois dueños del reino de la gloria, con tal que solo sufrais por conseguirla lo que os cuesta un poco de fama y de aura popular.

Con estos pactos, hijos míos, os ofrece Dios el cielo. Cuidado en despreciarlo, cuidado en desechar el ofrecimiento; porque el Señor puede pasarse muy bien sin vosotros, y dar á otros el reino de los cielos que vosotros no queréis. Resolved pronto á dar á Dios lo poco que os pide; y él os dará en recompensa lo mucho que posee, que es su eterna felicidad. Amen.

PLÁTICA XXVII.

EL INFIERNO.

Descendant in infernum vi-
ventes. (Psalm. LIV, 16).

Habiéndoos manifestado el estado felicísimo de los justos en el cielo, al cual propiamente conviene el nombre de *vida eterna*, pide el buen orden que pase á manifestaros el estado infelicísimo de los réprobos en el infierno, el cual merece propiamente el título de *eterna muerte*, y con esto pondré fin á la doctrina del Símbolo que dias há venimos explicando.

¿Y qué? me diréis, ¿hemos absolutamente de creer la existencia del infierno?— Si sois católicos, no tiene lugar una tal pregunta; porque la existencia del infierno es un dogma de fe tan claramente revelado por Dios como cualquier otro; por lo que debeis rechazar toda creencia, ó debeis admitir la del infierno. Si fuéreis del número de aquellos que ya se han *despreocupado*, y que se rien del infierno como de un espantajo inventado por los eclesiásticos para atemorizar al pueblo sencillo; os diria, que negar la existencia del infierno, no solo es contradecir abiertamente á la fe, sino á la misma luz natural.

Admitiendo un Dios, como forzosamente debemos admitir, no podemos admitirle si no es santo, si no es justo, si no es pródigo, si no es castigador del vicio. ¿Dónde estarían su santidad, su justicia, su providencia, si dejase correr sin cas-

tigo las maldades y las culpas? Entonces su gobierno seria peor que el de los hombres ; pues estos saben muy bien castigar los delitos que interesan al bien público y á la sociedad. Decidme ahora : ¿castiga Dios siempre las culpas en esta vida? No ; antes vemos con mucha frecuencia que los mas malvados son los mas felices. ¿Qué se sigue, pues, sino que en el otro mundo ha de haber un infierno donde sean castigadas las culpas, que no pocas veces quedan impunes en el presente? Este argumento es tan claro, que equivale á una demostracion.

Pero eso de un infierno, dicen los incrédulos, seria demasiado rigor para castigar unas flaquezas que se escapan al hombre miserable. Dios es bueno, y tanto rigor desdiria de su bondad.—Eso tienen de bueno los incrédulos, que siempre están dispuestos para exaltar la bondad de Dios ; para esto no podeis hallar predicadores ni mas celosos ni mas elocuentes que ellos. ¿Y sabeis por qué la exaltan tanto? Para poderse entregar mejor á sus desórdenes sin inquietudes ni remordimientos. Pero deberian advertir, que la bondad de Dios no es una bondad estúpida como la de algunos padres, que dejan que sus hijos cometan ciertas maldades en su presencia, sin jamás tomar un látigo ; sino una bondad racional, que obrando de concierto con la justicia, sabe premiar al justo y castigar al impío.

Pero ¿no pide la justicia que haya proporcion entre la culpa y la pena? ¿y qué proporcion hay entre un pecado de pocos instantes y un infierno de tormentos eternos?—Héos aquí el acostumbrado argumento de los incrédulos, la cancion que nunca cesan de cantar, por mas que les digamos que es cancion vieja, que de tanto oida se ha hecho ya molesta y fastidiosa. Que me digan primeramente : ¿no están suficientemente

avisados de que el pecado, bien que momentáneo, será castigado con pena eterna? ¿no se lo ha dicho Dios, ya por medio de las Escrituras, ya por el oráculo de la Iglesia, ya por el asentimiento unánime de cuantos gozan de sano juicio? ¿Por qué, pues, cometen libremente el pecado momentáneo, que saben ha de arruinarles para siempre? ¿quién les precisa? ¿quién les violenta?

A mas de que ¿dónde han aprendido que la duracion del castigo haya de ser igual á la de la culpa? ¿La misma justicia humana sigue esta regla? ¿guarda esta proporcion? Un hurto es una cosa que se comete en breve rato, y con todo se castiga con años de presidio : un homicidio es accion que se hace en un instante, y sin embargo se castiga con la muerte, que es una pena bien larga, puesto que priva para siempre de la vida.

En fin, Dios castigando el pecado con un infierno eterno, guarda la mas exacta proporcion. Tanta es, dice santo Tomás, la gravedad intrínseca del pecado, que encierra una malicia infinita por respeto á la persona ofendida, que es Dios. Si la ofensa hecha á Dios es infinita, es evidente que merece una pena igualmente infinita ; y como no puede ser infinita en la intension, porque la criatura es incapaz de sufrirla, ¿qué mas queda sino que lo sea en la duracion?

Tales son, hijos míos, las reflexiones que la misma luz natural nos suministra para establecer contra la incredulidad el dogma del infierno ; y si ellas no bastan para convenceros, deben bastar á lo menos para haceros confesar vuestra imprudencia, caso que no creais en él. Vosotros, á lo mas, solo teneis algunas dudas sobre este punto. ¿Quién sabe, soleis decir, si hay infierno ó no le hay? Puede ser que sí ; puede ser que no.—Yo quiero ahora suponer que la existencia del

infierno no es una cosa cierta, ¿no os dice la prudencia que en esta duda debéis tomar el partido mas seguro? Si la creencia del infierno os ayuda á vivir cristianamente, ¿qué habréis perdido en el caso de que no le haya? Tan solo algunos contentos fugaces que ni siquiera son dignos de un hombre racional. Al contrario, si no creyendo en el infierno vivís malamente, ¿dónde vais á parar en el caso que realmente exista? Vais á parar en un abismo de males terribles y eternos.

Hechas estas observaciones, que he creído debía hacer para precaveros de los sofismas con que ciertos hombres procuran engañaros abusando de vuestra sencillez y candor, pasemos á examinar las penas que un réprobo sufre en el infierno.

Es doctrina corriente entre los santos Padres y Doctores, que en el centro de la tierra hay una vasta concavidad cerrada por todas partes con insuperables terraplenes; fabricada por Dios, para hacer ostentacion del poder de su brazo en vengarse de los pecadores; llena toda de fuego verdadero y corpóreo, que irritado continuamente por el soplo de la indignacion divina, nunca se apaga. Representaos aquí la infelicidad de un pecador que, entregado por sentencia del divino Juez en poder del demonio, atado de piés y manos con nudos indisolubles, en pocos instantes se halla trasladado de su aposento á las puertas fatales de aquella horrenda prision. Héos que se le abre debajo sus piés la espantosa profundidad, y puesto sobre el borde de tan alto precipicio, siente ya todo de un golpe el ardor insoportable, el hedor insufrible, los bramidos aterradores de aquel horroroso lugar de azufre encendido. Horripilase á tal vista el infeliz, grita, se desespera, busca por donde agarrarse; ¡vanos esfuerzos! El impla-

cable verdugo le arroja sin compasion en medio de aquel abismo de fuego, ábrense por lo alto las inflamadas olas para tragárselo, y habiéndole engullido en su profundo seno, ciérranse otra vez para no abrirse jamás: *misit eum in abyssum, et clausit.*

¡Desventurados pecadores! ¡víctima desgraciada de la ira divina! ¿qué es de tí en ese piélago interminable de fuego? ¿qué es de tí? Miradle, hijos míos, como está rodeado de fuego por todas partes, como está penetrado del fuego hasta las entrañas. ¡Ay vista! Fuego engulle por la boca, fuego atrae por las narices, fuego le entra por los ojos, por las orejas, por todos los poros del cuerpo: no solo tiene caldeada la piel, sino encendida la carne, abrasados los huesos, inflamados los nervios: árdele la sangre en las venas, cual plomo derretido; árdele el cerebro dentro la cabeza, árdele el hígado, árdenle los pulmones... ¡Oh Dios! el mismo corazon que tiene en medio del pecho es una grande ascua de fuego, que arde y chispea.

Si este fuego en que arde el pecador infeliz fuese semejante al que tenemos aquí en la tierra, alimentado ó con aceite, ó con azufre, ó con betun, ¡ay qué tormento tan desapiadado ya fuera! Pero carísimos de mi alma, ¿qué tiene que ver este fuego criado por Dios para beneficio del hombre, con aquel fuego encendido por Dios para castigo de los malvados? Fuego es; pero fuego misterioso, que atormenta y no mata; fuego portentoso, que devora la víctima y no la consume; fuego admirable, que conserva la misma carne que roe; fuego incomprendible, que no solo atormenta el cuerpo que penetra, sino la misma alma á la que extiende su fuerza y accion; que no solo causa la sensacion dolorosa propia del fuego, sino todas las especies de tormentos que es capaz de

sentir una criatura infeliz, segun la terrible proposicion de santo Tomás : *Nihil deerit in damnatis, quod ad tristitiam possit pertinere. Nihil deerit*, ni sed ardentísima, ni hambre rabiosa, ni frio intensísimo, ni vistas horribles, ni hedor insupportable, ni... pero ¿á qué me canso? Nada, nada de cuanto es apto para atormentar, falta al infeliz condenado ; porque aquel fuego horrible le hace sentir todos los dolores, todos en sumo grado, todos á un mismo tiempo : *nihil deerit*.

Para aguantar tantas penas, tantas en sumo grado, tantas á un mismo tiempo, ¿cuál de vosotros, amados pecadores, tendrá valor? ¿cuál lo tendrá? *quis poterit? quis poterit?* ¿Tendrásle tú, cristiano sensual, que ni siquiera lo tienes para hacer un ayuno que la Iglesia te impone por tus pecados? ¿tendráslo tú, mujer delicada, que ni lo tienes para estar media hora á los piés de un Crucifijo á llorar tus culpas? ¿tendrále V., señor caballero, que palidece al solo nombre de penitencia? ¿tendrále V., señora, que vive entre delicias, que respira ámbar, que descansa sobre plumas? *quis poterit? quis poterit?*... Si al infierno vais, como ciertamente iréis si no mudais de rumbo, ¿cómo podréis aguantar aquel cúmulo de penas? ¿cómo?...

Deteneos un poco en este pensamiento, y decidme despues, cuáles serán entonces vuestros desesperos, cuáles vuestros ayes, cuáles vuestras contorsiones. Pero, ¿qué digo ayes? ¿qué digo contorsiones? Erré, hermanos, erré ; ni estos tristes desahogos puede conseguir el mísero condenado. Arde en medio de aquellos fuegos ; mas ni siquiera puede desahogar su pena con un triste lamento ; porque la abundancia de materia inflamada que le entra por la boca, le ahoga la voz en las mismas fauces : *impii in tenebris conticescent*. Hierve en medio de aquel horno ; mas ni siquiera logra el alivio de po-

der dar una contorsion, de hacer un movimiento, de trasladarse á otro punto ; porque la inmensa mole de lava infernal que tiene encima, le hace estar inmóvil como una piedra : *fiánt immobiles quasi lapis*. ¡Quién no se horroriza! ¡Estar encerrado dentro una masa inmensa de materia encendida, inmensa por arriba, inmensa por debajo, inmensa por los lados... estar encerrado, sin cambiar jamás de sitio, sin respirar jamás aire, sin exhalar jamás un gemido, sin un momento de tregua, sin un vislumbre de remedio, sin esperanza de salida... estar comprimido, inmutable, cási ahogado... *immobiles quasi lapis!* ¡Ah! que yo tiemblo, yo palpito. Maldito pecado, arquitecto malvado de tal prision, ¿y aun habrá quien te acoja? ¿quien te acaricie?

Suspended, hijos míos, vuestros justos horrores, y sabed que nada ó cási nada os he dicho hasta ahora del infierno. Cuanto el alma excede al cuerpo en dignidad y nobleza, tanto mas horrenda es la nueva escena que voy á ofrecer á vuestra vista ; representándoos, no ya los tormentos que afligen á un cuerpo miserable, sino la desesperacion de una alma que se ve privada de Dios sumo bien. Criada ella por Dios, lleva impresa en el corazon una inclinacion vehemente hácia él. Es cierto que mientras vive en este mundo, esta inclinacion queda algo debilitada, tal vez adormecida por el contrapeso de los bienes creados y frágiles á que ella se inclina. ¿Pero qué? caida en el infierno, privada allá bajo de todos los bienes sensibles que la encantaban, iluminada de una vivísima luz experimental, que le muestra que aquella felicidad que buscaba está en solo Dios ; todo esto despierta la tal inclinacion de su adormecimiento, le hace tomar toda su fuerza y vigor, y una irresistible tendencia para unirse á Dios, verle, abrazarle y poseerle. Figuraos ahora las desolaciones,

la desesperacion, la rabia de esta alma reprobada, viéndose rechazada de Dios, á quien tiene ella una propension tan vehemente. Esta propension natural la empuja incesantemente hácia Dios; pero Dios incesantemente la repele de sí y la rechaza: suspira ella por Dios; mas Dios se esconde de ella: llama ella á Dios; pero Dios no la oye. Y ¡oh tormento! no oyéndola, siempre mas la invita: escondiéndose, siempre mas la inflama: repeliéndola, siempre mas la mueve los deseos de unirse á él.

¿Qué hace, pues, esta alma así rechazada de aquel Dios que tanto desea, y por cuya posesion tanto suspira? le aborrece, le detesta, le abomina: y por una inclinacion deliberada contraria á la natural, quisiera estar tan léjos de Dios que distase infinitamente. Pero ¡ah! que le hallará por doquiera que se vuelva. Si se hunde en las llamas, allí hallará á Dios que las atiza: si se envuelve en las tinieblas, allí halla á Dios que las aumenta: si se sepulta en sí misma, tambien allí halla á Dios que se le muestra implacable. ¡Oh tormento! no poder conseguir lo que tanto desea, y hallar siempre lo que tanto aborrece!!! Sube la infeliz, sube de nuevo con el pensamiento al cielo, y viendo que no puede conseguirle, desea que tampoco Dios exista; mas conoce ser esto imposible por la necesidad de su esencia: desea que Dios no sea feliz; mas ve que esto repugna á la plenitud de sus perfecciones: desea que nadie le conozca ni adore; mas repara que una multitud casi infinita de criaturas le bendicen y alaban: desea que al menos no la castigue; mas comprende que su furor es implacable. Al considerar todo esto, grita llena de rabia: Pues que no pueda atormentarme... pero, si es omnipotente!!! Pues que esté léjos de mí... pero, si es inmenso!!! Pues que me perdone... pero, si es inflexible!!! Pues que acabe de una

vez... pero, ¡si es inmutable!!! ¡Oh imposible! ¡oh rabia! ¡oh desesperacion!

Se estremece la desgraciada, se araña, se desespera: dirige de nuevo el pensamiento al mundo, y sus bienes fugitivos la afligen; contempla el fuego, y sus ardores la inflaman; mira al cielo, y sus glorias la atormentan; se reconcentra en sí misma, y sus desconuelos la desgarran. Abandonada de todos, atormentada en todo, desolada y afligida por todo, blasfema de sí misma, de los cielos, de los Santos, de María santísima, de Dios, á los cuales quisiera ver condenados, hundidos en el abismo. Mas esto mismo le sirve de mayor pena; porque comprende que todo redundará en mayor gloria de aquel su enemigo omnipotente que, riéndose de sus tormentos, se complace de ellos con toda su corte, *in interitu vestro ridebo*. ¡Triste suerte! Y es la que vosotros, amados míos, todos los días os elegís por un placer, por un interés, por un nada. ¿Qué os parece? ¿es esa buena eleccion?

Y atended, que aun nos queda para ver lo mas horrendo de este espantoso cuadro, y es... ¡la eternidad! ¡Oh eternidad! ¿quién podrá comprender tus horrores? Estaban cinco reyes amorreos sitiando la ciudad de Gabaon, cuando fueron sorprendidos y atacados por el ejército de Josué, aliado de los gabaonitas. A la primera carga del capitán hebreo quedan dispersados aquellos bárbaros, y abandonando el campo y pertrechos de guerra, echan á huir desordenadamente por los fragosos caminos de Betoron. Siguenlos los israelitas con encarnizamiento; y el cielo, para darles completa victoria, embiste al ejército fugitivo por el frente con un granizo tan impetuoso, que la mayor parte van cayendo muertos, ya al filo de las espadas de los perseguidores, ya á los golpes de las piedras que arrojan las nubes. Habia muchas horas que